

Tanto en tan poco

Si me preguntaran, con la frase que titula esta reflexión podría definir a Costa Rica, después de vivir allí diez años y transitar buena parte de su territorio.

Con poco menos de cinco millones de habitantes, su amabilidad calienta el corazón como si fueran cincuenta millones, y eso explica que turistas de todo el mundo escojan esta tierra como lugar de descanso y que muchos decidan quedarse allí para siempre, luego de una larga vida de trabajo. La cuarta parte de sus 51.100 kilómetros cuadrados es área de protección ambiental y alberga el 5% de la biodiversidad del planeta. Este par de datos ya ubican al país en la punta ecologista mundial, números que impresionan y se abultan más cuando se desglosan en el número de especies, áreas protegidas, programas y leyes a favor de la vida. El nombre de Costa Rica no es en vano; su tierra exuda agua en miles de manantiales, que discurren por arroyos, quebradas y ríos despeñados en hermosas cascadas; en sus noches brillan los destellos del oro precolombino y del jade sagrado, los ojos ambarinos de los tigrillos, las amenazantes pupilas de esbeltas serpientes y la sorprendida mirada de venenosas ranas multicolores, las mañanas se despiertan al canto alborotado de loros y guacamayos, y todo se llena de coloridos pájaros y flores tropicales en esta tierra donde la Naturaleza obró por gusto, verdaderos milagros.

Si bien en términos étnicos no es comparable la diversidad con otros factores, no es menos interesante lo que sucede en este pequeño país centroamericano. Aguantando las ganas de hablar de las culturas negra y guanacasteca, con toda su riqueza artística, culinaria, artesanal y saberes ancestrales, merecen especial atención las culturas indígenas. Tomando en consideración que los números por sí solos no dicen mucho, es necesario





destacar algunas características que escapan al ojo de quien se queda en la información superficial y cuyo interés trasciende lo anecdótico.

En Costa Rica se han identificado con certeza 8 pueblos indígenas aún vivos, distribuidos en 24 territorios: los Bribris, Chorotegas, Maleku, Ngöbes Buglé, Cabécares, Huetares, Bröran y Brunkas. El 46,6% habita en sus propios territorios y, si bien desde 2002 la población indígena creció un 60%, difícilmente alcanza el 2.4% del total de habitantes del país. Como la cultura negra, las indígenas no estuvieron exentas de los esfuerzos hispanizadores que perduraron hasta los años 70 del siglo XX. Debido a esto, el 25% de la población indígena no se identifica como tal y de las 8 culturas vivas, sólo 4 hablan todavía su lengua autóctona, 2 se encuentran en estado de revitalización y 2 ya desaparecieron. La concepción eurocéntrica de desarrollo no sólo afectó la prosperidad cultural y lingüística de estos pueblos, también ha influido en su deterioro: sólo el 59,7% asiste a la educación general básica y el acceso a la salud sigue siendo deficiente. Para ilustrar esta situación, Hernán González, un colega del Ministerio de Agricultura, docente de la Universidad Nacional de Costa Rica y consultor de Naciones Unidas, solía ironizar diciendo que por muchos años Costa Rica y Panamá se pelaron por el pueblo Bribrí: Los panameños decían que eran costarricenses y los ticos decían que los bribris eran panameños. De esa triste manera, evitaron responsabilizarse por el desplazamiento y el abandono al que se vieron sometidos.

Por su posición estratégica, estos pueblos recibieron influencias genéticas y culturales de diversos grupos, y quizás por eso, su cultura heredó rasgos y tradiciones de mayas y olmecas, pero también de chibchas y karibs. Alguna vez, visitando la región Guatuso, un anciano, al enterarse de que yo era colombiano, se me acercó y sonriendo con picardía me dijo: “es un gusto conocer a mi abuelo”. Ante mi sorpresa (yo contaba con 36 años por aquel entonces) me explicó que su etnia es descendiente directa de los Chibchas. Incluso algún antropólogo aventuró la hipótesis de que el arrastre de la letra r, tan característico en el hablar bogotano y tico, se origina en esta cultura indígena. Otra evidencia de estas influencias se encontró en el Parque Nacional Guayabo, un asentamiento que ya había sido abandonado a la llegada de los españoles y cuyas maravillas han sido mínimamente exploradas. Además de los acueductos, que siempre mantienen su nivel de agua sin importar la época de sequía o lluvias torrenciales, de sus avenidas de piedra perfectamente niveladas que conectan a poblados alejados en más de 60 kilómetros, o de los vestigios de palapas cuyas alturas se calculan en hasta treinta metros y que fueron habitadas por más de diez mil personas, se encontraron

artesanías y figuras que pertenecían a culturas que se extienden desde Canadá, hasta el Perú.

Por supuesto, no se puede hablar de culturas ancestrales sin mencionar la cerámica chorotega, los tejidos boruca, la orfebrería de la zona de los Diquís *-que preside la portada de esta edición-* o las esferas de piedra de esta cultura, que han inspirado todo tipo de estudios, hipótesis y obras de arte desde su descubrimiento, hacia 1939. Con tamaños que oscilan entre los diez centímetros y los 2,6 metros de diámetro, con un 96% de precisión en las más imperfectas y hasta 26 toneladas de peso, son motivo de fascinación y estudio permanente. Escultores como Jorge Jiménez Deredia, Ibo Bonilla, Domingo Ramos y José Sancho, han basado sus obras en ellas. El primero de éstos las representó en la estatua de San Marcelino de Champagnat en la basílica de San Pedro, en Roma, única obra de un escultor latinoamericano en este recinto, erguida junto a las de genios como Cánova, Bernini y Miguel Ángel.

Es claro que no presento aquí una visión detallada, ni mucho menos rigurosa, pero si en algo despertó la curiosidad del lector, le puedo asegurar que su exploración sobre los pueblos indígenas desaparecidos y vivos de Costa Rica siempre será premiada con descubrimientos fascinantes y mi trabajo con este corto escrito, será recompensado.

Carlos Montoya Álvarez



Carlos Augusto Montoya Álvarez es Comunicador Social-Periodista, Magister en Filosofía y Doctor en Educación. Actualmente es Profesor titular-Investigador y Director de Modelo Pedagógico de la Universidad CEIPA de Sabaneta, (Ant.) Colombia.



Estas piezas elaboradas en jade poseen un incalculable valor histórico; su grabado con pequeños y finos detalles hacen que cada joya sea un tesoro del arte precolombino de gran importancia para la arqueología costarricense. Anillos, collares, diademas, orejeras y amuletos, fueron elaborados por los indígenas, destacándose la cultura Nicoya, entre los años 500 y 700 d.C. Las prendas en jade fueron utilizadas como ofrendas en funerales y poseían atributos de carácter religioso, espiritual y sagrado; eran usadas como talismanes, no solo por la atribución de poderes curativos, sino también por la creencia de tener poderes mágicos de atracción de la pureza, amor verdadero, energía positiva, prosperidad, buena salud, y poder para alejar las malas energías.

Laura N. Guzmán M.
Politécnico Colombiano.

